

JOYCE CAROL
OATES

PURO FUEGO



LA FRAGUA: la realidad golpea dura en Hammond, pero el eco de esos golpes apenas resuena, porque la América de los años 50 vive sumergida en sueños de triunfo. Mientras Esther Williams emerge pulcra de infinitas aguas virginales, en las escuelas se esgrimen las primeras navajas, asoma la droga y estalla la violencia. Las pandillas de adolescentes proliferan al mismo ritmo que el desmoronamiento de sus padres, adultos que ganaron una guerra para luego perder la madurez entre divorcios y alcohol.

EL FUEGO: Son casi niñas pero lo arrasan todo. Cuentan entre trece y dieciséis años, visten chaqueta de pana negra y una bufanda escarlata: son las chicas que componen Fox-fire, la banda justiciera, y están dispuestas a todo con tal de enfrentarse a la opresión de los hombres y de sus leyes machistas. Aunque disponen de pistolas, saben que sus mejores armas son la fidelidad que han jurado tenerse y los propósitos de venganza.

LA LLAMA: Joyce Carol Oates figura entre los candidatos al Premio Nobel, y su nombre es célebre por novelas tan significadas como *Solsticio*, *Marya* y *Aguas negras*. En Puro fuego la autora rinde lo mejor de sí misma para denunciar con rabia y ternura las razones más profundas de la delincuencia juvenil, un tema de plena vigencia que sigue asombrando a los hipócritas.

IN MEMORIAM

Marilyn, Rose Ann, Jean, Marian, Goldie, Beatrice...

PRIMERA PARTE

1

FOXFIRE: UNA BANDA FUERA DE LA
LEY

Nunca, nunca lo cuentes, Maddy-Monkey, me dijeron, contarlo a alguno de Ellos significa la Muerte; pero ahora después de tantos años voy a contarlo, porque ¿quién me lo puede impedir?

Al fin y al cabo yo ayudé a establecer las reglas, incluida esa misma advertencia. De hecho, yo era la cronista oficial de Foxfire.

Por tanto, era la única persona responsable de poner por escrito lo que hacíamos, convirtiéndolo en un registro permanente para nuestro uso. Escrito a máquina. Mediante apuntes pulcramente fechados recogidos en una carpeta con anillas. Un documento secreto y sin embargo, así lo esperábamos, un documento «histórico» en el cual la Verdad quedaría preservada para siempre. *A fin de que todos los falseamientos, los malentendidos y las flagrantes mentiras pudieran ser refutados.*

Como por ejemplo que hacíamos el mal por gusto, y por vengarnos.

¡Sin duda de todas las mentiras concernientes a Foxfire ésta fue la peor!

Fui miembro de Foxfire desde los catorce hasta los diecisiete años y Foxfire convirtió esa época en algo sacrosanto. Al menos hasta los últimos meses.

Yo vivía allí. En Hammond, Nueva York. En el norte del Estado de Nueva York cerca del lago Ontario donde todas habíamos nacido, todas las hermanas de sangre que integrábamos Foxfire; un lugar que por entonces no podíamos imaginar que dejaríamos algún día, de la misma manera que un sueño, mientras lo estás soñando, parece una infinitud de la que nunca despertarás.

¡FOXFIRE NUNCA MIRA ATRÁS! era uno de nuestros lemas secretos. Y también ¡FOXFIRE ARDE SIN CESAR! y ¡FOXFIRE NUNCA PIDE PERDÓN! aunque estos últimos no tenían que ver con la memoria sino con el pesar y los remordimientos y el sentimiento de culpa y el arrepentimiento y el pecado, cosas que otra gente más débil podía sentir. Y fueron anteriores, pienso que debo hacerlo constar con claridad, a los sucesos de pesadilla ocurridos a Foxfire durante sus últimos días, en mayo/junio de 1956, los cuales no creo que ninguna de nosotras dejase de lamentar.

Porque Foxfire era una banda de chicas fuera de la ley, sí...

Pero éramos también hermanas de sangre, unidas por un lazo de lealtad, fidelidad, confianza, amor.

Sí, cometimos lo que cabe llamar crímenes. La mayoría de ellos no sólo quedaron impunes sino que permanecieron ignorados... Nuestras víctimas, todas del sexo masculino, se avergonzaban demasiado o eran demasiado cobardes para presentar denuncia.

¡No es fácil tenerles lástima! ¡Ya verán!

Sin embargo, debo advertirles que al final Foxfire sufrió ciertos quebrantos y que aquellas de nosotras que estamos vivas hoy día padecemos aún sus consecuencias.

¡FOXFIRE ES TU VIDA!

... era la manera de decirnos unas a otras aquellas verdades porque no íbamos a expresarlas abiertamente.

Excepto Legs Sadovsky que podía murmurarme *Maddy-Monkey vida mía* de aquella manera tan suya que yo no sabía cómo interpretar, ¿era en serio, era medio en serio medio en broma, era sólo en broma o era todas estas cosas a la vez? Y me propinaba uno de sus amorosos mordiscos de pantera porque Legs Sadovsky era comandante en jefe de Foxfire y la única entre nosotras que confiaba lo bastante en su poder especial, sí y a quien todas reconocíamos el privilegio de emplear palabras más elevadas y atrevidas que las nuestras. Así que no podías tener celos de ella, era imposible. Daba la impresión de que todo lo que hacía, especialmente a medida que pasaba el tiempo, quedaba plasmado y engrandecido en una gigantesca pantalla de cine, sin desdibujarse como la mayoría de las cosas que hace la gente, y sin desaparecer.

Y una de las razones es la siguiente: porque Legs lo mismo que no sentía miedo a las alturas ni a nadar en aguas revueltas ni a la propia Muerte tampoco temía arriesgarse a ponerse en ridículo. Tal vez piensen que eso no tiene importancia pero sí que la tiene... porque ponerse en ridículo y ofrecerse a la burla y al abucheo de los demás es algo para lo que hace falta tener agallas.

Cosas que a Maddy le habrían horrorizado con sólo pensarlas, como desnudarse moralmente en público, Legs lo hacía sin vacilar. Sin ninguna duda aparente.

Yo era, y sigo siendo, Madeleine Faith Wirtz. En aquellos tiempos era a veces Maddy-Monkey, otras veces sólo Maddy, y otras veces más (a causa de mi complexión flacucha y nerviosa y de mi pelo castaño oscuro tan encrespado que en ocasiones formaba una cresta sobre mi frente y de cuando en cuando se desmelenaba en apretados mechones que me tapaban la estrecha cara dándome un aspecto taimado, retraído y algo simiesco) era solamente Monkey. También aunque con menor frecuencia me llamaban Killer

(principalmente Legs) debido a mi reputación de ser dueña de una lengua afilada, cortante y cruel, «asesina».

Con razón o sin ella, en el grupo se estimaba que Maddy Wirtz era la que poseía el don de utilizar las palabras, y por tanto era inteligente y astuta. La banda se enorgullecía de mí porque en el colegio mis trabajos escritos siempre recibían calificaciones altas y porque sabía «hablar con fluidez», es decir sin vacilar ni balbucear (la mayoría de las veces) aunque había ciertas palabras, ciertos sentimientos que se me habrían atragantado. ¡Qué apuro me habría dado decirle a Legs aunque fuera en un susurro medio guasón *Sí también tú eres mi vida* o *Te quiero* o *Moriría por ti!*, nadie en mi familia hablaba de aquel modo, casi siempre estábamos solas mi madre y yo y apenas nos decíamos nada. Porque sería una muestra de debilidad. Sería descubrir el yo más íntimo. Y sonaría tosco y brutal dicho con nuestras voces de muchachas, no como en las películas que veíamos en el Cine Century donde todo salía tan atractivo con aquellas caras que a pesar de estar agigantadas no tenían un solo defecto, encuadradas como estaban en arquitecturas egipcias de cartón piedra, mientras la música iba aumentando su volumen cual si fuera el sonido secreto emitido por Dios mientras contemplaba su creación más especial.

Porque no es preciso creer en Dios para creer en la existencia de una creación especial. Quien quiera convencerse de lo contrario es un hipócrita y un mentiroso. O un político como el congresista X de Alto Hammond que cuando a mis quince años yo cursaba el primer año de instituto fue invitado a hablar durante la asamblea del viernes, cara de pez hinchado y ojos de mirada alevosa allí en lo alto del podio exhibiendo como un predicador su gran sonrisa de persona satisfecha y pagada de sí misma, Buenos días chicos y chicas, es estupendo estar aquí bla bla bla en el INSTITUTO CAPTAIN OLIVER HAZARD PERRY, de modo que una pensaba que se había aprendido el nombre de memoria, que había

estudiado en un instituto rival y recordaba bien sus días de adolescente cuando jugaba de defensa en el equipo de fútbol americano y era presidente del último curso en la promoción del 33 tan orgulloso de aquel honor del estilo de vida norteamericano la libre empresa bla bla bla los que servimos a nuestra patria durante la guerra a esta nación soberana por la gracia de Dios los ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA como dijo nuestro heroico capitán de navío Stephen Decatur *¡Que nuestro país siempre abrace la causa justa y salga siempre vencedor tenga o no razón!* este país lleno de oportunidades este país de la libertad y la búsqueda de la felicidad que triunfa sobre todos sus enemigos porque ha sido bendecido por Dios donde todos *¡sí me refiero a todos vosotros chicos y chicas que estáis esta mañana en este auditorio!* podéis aspirar a la Presidencia de la nación a la presidencia de la General Motors de General Mills de AT&T de U.S. Steel a ser un científico ganador del Nobel un inventor famoso sólo debéis tener fe trabajar de firme estudiar mucho sin descorazonaros debéis tener fe, y algunos de nosotros sobre todo los chicos y las chicas más alborotadoras como Goldie Siefried que era de nuestra banda empezaron a agitarse de un modo bien visible a murmurar y reírse tapándose la boca con la mano, también Maddy Wirtz a su manera más furtiva, nos indignaba aquel gilipollas hablando hablando hablando allí arriba incluyendo a todos los presentes y pretendiendo hacernos creer que no había una sola creación de Dios, o del hombre, a la que no perteneciéramos nosotros, los alumnos de la peor escuela pública del distrito, allá en el miserable barrio sur de Hammond, nosotros que estaríamos siempre marginados.

¿Qué más daba?, verdades como éstas, Foxfire las hacía soportables.

Estoy hojeando mi deslucida carpeta de anillas con los apuntes de aquellos años. No sé por dónde empezar.

Es como cuando conoces la larga historia del Tiempo y quieres referirte al... principio, pero ¿cómo puede exactamente haber un principio? ¿Cómo puedes decir Ahora, ahora empezamos, ahora ponemos en marcha los relojes? Es así de difícil. Porque tiene que haber un comienzo y no obstante siempre te preguntas: Muy bien, pero ¿qué vino primero?

Quizá lo mejor será que escriba a máquina los nombres de las cinco fundadoras ¿no? a fin de establecer ciertos hechos irrefutables, digamos el esqueleto de la historia, los huesos que perdurarán.

Las fundadoras fueron:

Legs, llamada también «Sheena»: Margaret Ann Sadosky. Nuestra comandante en jefe.

Goldie, llamada también «Bum-bum»: Betty Siefried. Nuestra teniente general.

Lana: Loretta Maguire.

Rita, llamada también «Red» y «Fireball»: Elizabeth O'Hagan.

Maddy, llamada también «Monkey» y «Killer»: Madeleine Faith Wirtz.

Sí, después Foxfire se amplió, las cosas se relajaron. Las cosas oscilaron y se desmandaron y nosotras fuimos demasiadas.

Por ejemplo: ingresó en Foxfire cierta protegida de Goldie Siefried, V.V. o «Mano Fuerte», cuyo nombre me niego a consignar.

La mayoría de nosotras asistimos a la misma escuela elemental: Rutherford Hayes. Luego pasamos a Perry en la que unas pocas nos graduamos aunque muchas suspendieron o fueron expulsadas. Todas vivíamos en el mismo barrio del extremo sur de lo que sigue llevando el nombre de Bajo Hammond, en Hammond, Nueva York, un nombre que significa más o menos lo que dice o describe, o sea un ba-

rrio ubicado en un terreno más bajo que el Alto Hammond y separado de esa otra parte de la ciudad por una larga y abrupta colina aunque estaba la Nacional 33 que recorría la ciudad de norte a sur y que en el Alto Hammond se llamaba calle Mayor y en el Bajo Hammond avenida Fairfax y que se cruzaba por el norte con la Nacional 104 y por el sur con la Nacional 20, las carreteras que atravesaban todo el territorio del Estado de Nueva York. De niña me encantaba estudiar mapas, mapas del sistema solar y mapas terrestres, pero también mapas comarcales que mostraban cómo una calle tan familiar como Fairfax en la que vivíamos mi madre y yo empalmaba con otras calles menos conocidas por mí y éstas a su vez enlazaban con otras calles... carreteras... autopistas... que comunicaban con la nación, el continente, el Mundo. Estaba el Mundo geográfico, del que la humanidad (creo que me refiero a los hombres) había trazado mapas y al que había puesto nombres y denominaciones políticas, y el Mundo geológico, del que también había trazado mapas, aunque éste era anterior a los mapas. Lo que me fascinaba era que partiendo de aquí pudieras trasladarte hasta allí, que de un punto del Universo pudieras viajar a cualquier otro punto... siempre que fueras una persona con posibilidades de hacerlo.

Como dijo Legs aquel día en el museo mientras contemplábamos el Árbol de la Vida en el que todas las cosas están concatenadas y en el que las raíces empalman con todas las cosas vivas y muertas, después de mordisquearse pensativa la uña del pulgar: «Creía que nuestra especie era algo más que esto», sorprendida y disgustada al descubrir lo insignificante que era a fin de cuentas el *Homo sapiens*.

Verdades como ésta, Foxfire las hacía soportables.

Otra de las particularidades de Legs que no creo esté anotada en mi cuaderno sino sólo en mi memoria era su loca pasión por las alturas, por cabuzarse en el río desde una

ribera muy empinada que había en el parque Cassadaga, como hacían los chicos mayores y más temerarios, y de pequeña le gustaba escalar lo que fuera, un árbol, una pared, un tejado, me contó que siempre tenía el mismo y placentero sueño de que trepaba trepaba hasta el cielo, ¡decía que lo que le fascinaba no era trepar sino correr el riesgo de caerse! y explicaba con aquel aire soñador que no lograba ocultar una especie de estremecida excitación: «Imagínate cayendo, Maddy, quiero decir cayendo de verdad del cielo durante mucho mucho rato, no te sentirías pesada ¿verdad que no? no notarías tu peso porque pesarías menos que una pluma. Para ti no existiría la ley de la gravedad.»

Yo no sabía por qué eso tendría tanta importancia para ella que incluso lo soñaba.

Ni siquiera ahora estoy segura de saberlo.

Sin embargo, al pensarlo mientras hojeaba la carpeta de anillas de Maddy Wirtz sin saber cómo proceder (¡había tantos apuntes! ¡había tantas fechas!) caí en la cuenta de que entre las hermanas que formábamos Foxfire existían profundas y calladas conexiones que a la sazón ignorábamos. Porque estábamos demasiado cerca de nuestros orígenes. Porque hablábamos con el mismo acento nasal y agudo del norte del Estado de Nueva York que no percibíamos. Porque aun siendo tan distintas (¡qué diferente se sentía Maddy Wirtz de Goldie Siefried, de Rita O'Hagan, de Lana Maguire! ¡cuánto necesitaba creerse superior!) éramos como miembros de una misma familia que se enorgullecían de lo que las diferenciaba entre sí por más que los observadores exteriores y neutrales siempre siempre nos confundiesen.

Somos incapaces de notar las cosas que nos unen al nivel más profundo.

A menos que nos las arrebaten.

2

DE CÓMO LEGS HUYÓ DE VUELTA A
LA AVENIDA FAIRFAX

¡Maddy!... ¡Déjame entrar!

¡Eh, Maddy, voy a entrar!

Es de noche. Hay una luna de brillo acerado y de color hueso, en un cielo que las nubes llenan de fisuras. Y ella lleva corriendo horas, ¡centenares de kilómetros!

Oye un ulular de sirenas. Sirenas que la persiguen.

Pero nadie le va a poner las manos encima. Es demasiado lista, demasiado rápida.

Ha estado corriendo desde Plattsburgh allí en el norte junto a la frontera canadiense donde dieciocho días antes había sido enviada a vivir con su abuela por orden del Departamento de Bienestar Social del Estado, que había decretado que el ambiente familiar del hogar de los Sadovsky era «inadecuado para una menor», hasta Hammond y la parte baja de la avenida Fairfax ¿quién va a detenerla o siquiera a gritar su nombre? mientras ella corre y salta y vuela sin esfuerzo de uno a otro terrado de la hilera de casas de ladrillo que bordea la calle descendiendo en pendiente hasta el río invisible, Legs es un corcel, un poderoso animal de fuertes cascos y crines y cola ondulantes, que al resoplar suelta un vaporoso aliento, y cuando se abre un vacío entre una azotea y la siguiente ella no modera el paso ni vacila sino que tensa sus largas piernas de fuertes músculos sabiendo que no va a desplomarse y salta al otro lado mientras el viento que azota su cabellera le descubre el ros-

tro pálido y anguloso, y exhibe los dientes en una mueca como de ira pero que es de dicha porque está libre, ha escapado del sitio donde ellos creían poder confinarla como si tuvieran dominio sobre su persona.

Es tan grande esta dicha Maddy que a veces no puedo engullirla, es como si tuviera el cielo entero metido en la boca y fuera a ahogarme y abajo en la calle en el escaparate iluminado del zapatero remendón hay un reloj que señala las doce y veinte y un seductor e incitante gato negro con la pata levantada que sostiene las giratorias manecillas pero que Legs en su veloz carrera no percibe aunque sabe que está allí.

La hora que señala el reloj no tiene sin embargo nada que ver con Legs Sadoovsky, con Sheena huyendo a través de la jungla.

Abajo en la avenida Fairfax las escasas farolas esparcen una luz cruda en el aire helado. La calle de aceras agrietadas y onduladas forma una pendiente abrupta flanqueada por una hilera de casas adosadas que se apretujan cual si estuvieran borrachas o mareadas y bajan hasta el río Cassadaga que está a un kilómetro y medio de distancia y transmite su olor, su atracción. *¡Maddy! ¡Eh, déjame entrar! ¡No te asustes, soy yo!* Al igual que un animal privado del sentido de la vista conserva una memoria espacial infalible, Legs conoce las casas cuyos terrados va cruzando, es capaz de nombrar a sus moradores familia por familia, sí y también los inquilinos del lado opuesto de la avenida Fairfax, donde a estas horas las habitaciones de la planta baja están a oscuras pero aquí y allá algún cuarto del piso alto sigue iluminado con las persianas discretamente bajadas y tras ellas de vez en cuando se distingue la sombra de ciertos retozos íntimos que Legs rehusa mirar volviendo bruscamente la cabeza porque ella es casta e intolerante, muestra los dientes en un visaje equino, *¡Maddy-Monkey maldita sea déjame entrar!* acurrucada ahora para que no la vean desde la calle por la que pasa un coche de faros mal enfocados seguido

de un Oldsmobile Rocket 98 trucado que ella sabe que está conducido por Vinnie Roper quien transporta apiñados en la parte delantera y en la trasera a sus compinches de pandilla Los Vizcondes que reconocerían a Legs Sadovsky si pudieran entreverla un instante y que emitirían un colectivo rugido de hiena cargado de predatora excitación sexual si vieran lo tentadoramente cerca y lo totalmente sola que ella está dos pisos más arriba mientras corre embutida en sus sucios tejanos, sus viejas zapatillas deportivas y su delgada cazadora de lona, típicos de Legs que es tan rebelde y loca como saben todos los que la conocen pero *A Dios gracias los cabrones no la han visto y han seguido adelante con un estúpido chirriar de neumáticos y algún día nosotras también conseguiremos un coche* pero de pronto siente frío sin nada que le cubra la cabeza en ese viento de noviembre que proviene del río y huele a nieve y es cortante como la nieve y ¡oh, Dios! ¿dónde están sus guantes? aquellos guantes forrados de piel que birló en Norben deslizándolos del mostrador de las gangas hasta su bolsillo, debe de haberlos perdido, se los habrá dejado en uno de los coches en los que haciendo auto-stop ha conseguido recorrer la orilla este del oscuro y tenebroso lago Ontario para satisfacer su necesidad de volver aquí a la avenida Fairfax, a casa.

¡Maddy, despierta!

¿No sabes quién soy?

Tiene los dedos tan rígidos como huesos sin carne pero joder, Legs casi ha llegado a su destino.

Se reprende a sí misma: una no siente las temperaturas extremas cuando cumple una misión y expone su vida, cuando esos odiosos capullos quieren ponerle las manos encima quieren imponerle sus planes, antes morir que rendirse a ellos.

En el edificio de la esquina de la avenida Fairfax con la calle Tideman hay establecimientos iluminados con luces fluorescentes, el bar Shamrock, el café Buffalo, el Acey-